

simultánea y ordenadamente contra las pasiones unos remedios que tan afines son entre sí? Las tres hacen también observar sus códigos por determinados motivos, á saber, el interés, el temor y el amor: á los que los observan se les ofrece la salud, el aprecio público y la paz de la conciencia, prelude de los celestiales goces; los que los infringen soportan enfermedades, castigos de los hombres y castigos de Dios. Las tres, en fin, tienen cada cual su ministro: el médico que socorre, el magistrado que castiga, el sacerdote que perdona.»

Si se desea fortalecer el organismo del joven, infúndansele, ante todo, hábitos de honradez, acostumbrándole al vencimiento de las pasiones, al dominio de sí mismo, al trabajo material ó intelectual, á la serenidad en los peligros, á la fortaleza cristiana en los reveses de la vida, á la práctica de las buenas obras.

«Los hábitos de virtud se manifiestan, en algún modo, en la fisonomía del hombre y reflejan la belleza moral de su alma. ¿No es la inocencia que resplandece en los rasgos cándidos de la infancia y de la juventud virtuosa, la que constituye el atractivo de estas dichosas edades? Por el contrario, toda pasión desarreglada perjudica á la belleza plástica y conduce á enfermedades ó á una muerte prematura, como lo comprueba la experiencia.»¹

Está plenamente probado que, cuando los pueblos conservan la pureza de sus costumbres, las razas son robustas y honradas; pero cuando los domina el desenfreno, son víctimas de su propia corrupción. La educación física poco ó nada aprovecha, pues, sin la educación moral.

¹ *Achille, Vade-mecum de l'éducateur chrétien.* De esta obra y del «Tratado de Metodología», del mismo autor, hemos tomado, en parte, la doctrina de este capítulo.

CAPÍTULO DÉCIMO. DEBERES DEL JOVEN EN SU PROPIA EDUCACIÓN.

1. El niño, sujeto de la educación. — 2. Necesidad de la iniciativa y del esfuerzo personal del joven en la educación. — 3. La felicidad, aspiración incesante del joven. — 4. Deberes que la educación le impone para con Dios, para con los padres y maestros. — 5. Ha de amar el trabajo, adquirir carácter y espíritu de vencimiento. — 6. Misión de la juventud en el mundo. — 7. Superioridad del joven creyente sobre el incrédulo. — 8. Entusiasmo por las nobles causas. — 9. Peligros y males que ha de evitar el joven, sobre todo en la época de su formación intelectual y moral.

1. El niño, sujeto de la educación. — Hemos expuesto en los capítulos precedentes los principios de la educación cristiana, indicando las personas á quienes corresponde darla, la manera con que han de proceder en obra tan importante y los daños y peligros que han de evitarse en ella. Mas, para trabajar con buen éxito y eficacia en la labor de la educación, es preciso «estudiar al niño, para obrar sobre él con conocimiento de causa; darse cuenta de su fin, para imprimir una dirección conveniente al trabajo educador y saber los medios que han de emplearse para llegar al término propuesto».

Hemos visto que Dios y la Iglesia por Él instituida, los padres y los maestros elegidos por éstos, tienen derecho de educar al niño; pero también éste interviene en la educación, en cuanto es la *materia*, ó mejor dicho, el *sujeto* sobre el cual se vierte aquélla.

Por mucho que Dios desee la buena formación del niño, por asiduos que sean los cuidados de los padres en educarlo y por vivo que sea el empeño de los maestros en cooperar á esta obra difícil, puede, no obstante, el joven oponer un obstáculo tenaz á la acción de los que se ocupan en formarlos.

La libertad es un don precioso de lo alto; pero, en el estado actual, puede el hombre abusar de ella y emplearla en daño propio. Dios mismo no contraría las determinaciones de la voluntad humana; quiere que cada cual sea dueño de sus actos y, por lo mismo, feliz ó desgraciado por su libre elección. Aun tratándose de los inapreciables intereses de la

vida futura, puede el hombre asegurárselos ó perderlos, según sus obras sean buenas ó malas: *Obtendrá gloria eterna*, dice el Sabio, *el que podía pecar, y no pecó; hacer el mal, y no lo hizo*¹. «No obstante de ser la educación esencialmente obra de la autoridad y del respeto, lo es también de la libertad humana», afirma Mons. Dupanloup²; «pero sobre todo la educación religiosa y moral no puede jamás ser obra de la violencia y de la fuerza. El estudio, la virtud misma dependen de la voluntad, que no tolera ser constreñida, ha dicho Quintiliano.»

«El niño», escribe Achille³, «puede ser considerado desde un triple punto de vista: en sus relaciones con la humanidad, con Dios y con su propia naturaleza.

«Mirado en sus relaciones con la humanidad, nada hay más grande sobre la tierra. En efecto, el niño es el más precioso legado del pasado, que lo resume en sí por completo; es la alegría del presente, en especial de la familia; y la esperanza del porvenir, encerrada en germen en la infancia.

«Desde el punto de vista sobrenatural, es amigo de los ángeles, á quienes se asemeja por la inocencia; amado de Jesucristo, que manifestó por esta edad marcada predilección, y futuro ciudadano de la patria celestial, cuyo adorno debe ser un día.

«Considerado en su naturaleza, es un compuesto de cuerpo y alma racional; un microcosmo ó pequeño mundo que reúne en sí toda la creación, tanto espiritual como corporal. Su alma es el lazo de unión entre las dos, y su cuerpo está formado de elementos de los tres reinos de la naturaleza. Ángel y animal, á la vez, según la frase de Pascal, él sintetiza la creación entera, uniendo en su persona el mundo de los espíritus y el mundo de los cuerpos.»

2. Necesidad de la iniciativa y del esfuerzo personal del joven en la educación.—El joven está obligado á sacar de sí mismo el mejor partido posible, si desea formarse bien. Porque, si la educación es obra de los padres y de los hijos, de los maestros y de los discípulos; obra en

¹ Eclii. XXXI, 10.

² «De la educación».

³ Vade-mecum de l'éducateur chrétien.

que los primeros hacen de directores y los segundos de dirigidos, es necesario que éstos no pongan obstáculo alguno á la acción de aquéllos.

Además, el joven en la educación no es *materia inerte*, ni á modo de *tosca piedra* que el escultor transforma en hermosa estatua; es individuo de la especie humana, persona consciente y dueña de sus actos, libre, por lo mismo, para aceptar dirección ajena, ó para rechazarla. Indispensable es que el joven se persuada de que es el principal elemento en la obra de la educación y que sin su cooperación decidida y ordenada fracasarán los esfuerzos de padres y maestros, por diligentes que sean. Tan cierto es esto, que, no obstante la vigilancia esmerada y saludable dirección que reciben muchos jóvenes, vemos diariamente extraviarse á varios de ellos y convertirse en azotes de la familia y de la sociedad. Por el contrario, otros, que han tenido padres y maestros descuidados, logran formarse por sus propios esfuerzos y vienen á ser miembros útiles en el cuerpo social. ¡Cuán cierto es que el hombre se eleva ó abate según sus obras, y que cada uno es responsable de su suerte próspera ó adversa!

«La actividad personal es en el alumno un movimiento por el cual manifiesta exteriormente la vida, movimiento que ha de ser excitado y dirigido por el maestro, pero cuyo primer impulso viene del mismo niño. Puede excitarse su actividad intelectual y moral; se la puede proteger y guiar, mas no producir en él: en este sentido, la educación es obra del niño. Sin su iniciativa, sin su concurso activo, los educadores más hábiles serían impotentes para dar expansión á sus buenas inclinaciones, para corregir sus malas tendencias y desarrollar sus facultades intelectuales.

«La actividad es espontánea ó refleja: la primera es consecuencia natural de la vida; la segunda es el ejercicio consciente y voluntario de las facultades intelectuales y morales: esta última forma de actividad es la única que merece el nombre de humana; el educador ha de emplear todas sus industrias en promoverla, en dirigirla y fortalecerla en aquellos á quienes educa.»¹

¹ Eléments de pédagogie pratique des Frères des Ecoles Chrétiennes.

Sócrates, el príncipe de los moralistas paganos, hacía del propio conocimiento la norma de las acciones de la vida: *Nasce te ipsum*, era la máxima de aquel maestro. San Agustín, iluminado por la fe, enseñó que el hombre, para ser bueno, debe no sólo conocerse á sí mismo (lo que puede ser estéril en la vida práctica), sino que este estudio le ha de llevar al odio de sí mismo y al amor de Dios. «Conózcame á mí, conózcate á Ti, Dios mío», decía: «conózcame á mí para aborrecerme, conózcate á Ti para amarte.»¹

Todo hombre, y todo joven en especial, ha de sondear su alma, para conocer sus tendencias é inclinaciones buenas ó malas, y dirigir las convenientemente. El corazón humano es un abismo que sólo Dios puede penetrar y cuyas astucias El sólo puede conocer²; es una mezcla de fortaleza y debilidad, de grandeza y miseria, de bondad y malicia, que impulsa al hombre á ejecutar acciones nobles ó vergonzosas, á ir en pos de la verdad ó el error, de la virtud ó el vicio. Cada uno ha de medir sus fuerzas, darse cuenta de los obstáculos y de los enemigos que le asechan, para tomar precauciones y no sucumbir en la lucha.

Por esto, en la educación, obra ardua y laboriosa, tiene el joven que trabajar personalmente, desplegar energía y ahogar con valor los gérmenes nocivos que broten en su corazón, aprovechándose de los buenos ejemplos y saludables consejos de sus padres y maestros. En la formación intelectual y moral del joven influye mucho su propia iniciativa, á fin de que, conocidas sus aspiraciones y deseos, puedan encaminarlo debidamente, secundando cuanto sea digno y laudable, y reprimiendo todo lo feo y reprehensible. Así como contribuye sobre manera al recobro de la salud corporal la sinceridad del paciente en descubrir al médico los síntomas, las causas de la enfermedad y las cosas que le aprovechan ó dañan, también el joven ha de exponer lo que piensa y quiere, y secundar sobre todo decididamente la acción de

¹ «Noverim me, noverim te. Noverim me, ut oderim me; noverim te, ut amem te» (Lib. Conf.).

² «Abyssum et cor hominum investigavit Dominus; et in astutia eorum excogitavit» (Eccli. XLII, 18).

los que lo educan. Sin esto, los resultados serán malos ó exigüos, de lo que se seguirá grave daño al joven mismo y á la sociedad.

3. La felicidad, aspiración incesante del joven.— Existe un deseo innato é irresistible en el corazón humano, deseo que es el móvil de su actividad y el principio de todas sus energías; á saber: la tendencia á la felicidad. El niño y el anciano, el rico y el pobre, el sabio y el ignorante se dejan seducir por esta palabra mágica, lo que manifiesta que la felicidad es un bien asequible al hombre, si no en la presente vida, á lo menos en la futura.

Habiendo la culpa original herido la inteligencia del hombre con la ignorancia, y su voluntad con la propensión al mal, se equivoca aquél muchas veces en el objeto de la felicidad, buscándolo en los honores, riquezas y placeres, siendo así que la sana razón nos enseña que un ser es feliz cuando consigue su fin. Ahora bien, el fin del hombre es Dios mismo, á quien sólo en el cielo poseerá por completo; y por esto en la vida presente no obtiene la felicidad absoluta sino la relativa, que se consigue mediante la gracia divina y la práctica del bien, cosas que están al alcance de todos.

Como lo nota un autor, Dios quiso inculcarnos esta verdad por el himno entonado por los ángeles en el campo de Belén: *Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*. La gloria del cielo será nuestra felicidad eterna; la paz del alma es la felicidad temporal. La dicha, que es la tranquilidad del orden, es fruto de la virtud, que nos une á Dios, y del vencimiento, que nos pacifica á nosotros mismos.

Conviene grabar estas verdades en el corazón del joven, para que sepa en qué consiste la verdadera felicidad y cuál es la manera de obtenerla. Por lo mismo que se lanza en pos de sus ideales con vivo ardimiento y poca reflexión, es preciso moderar sus ímpetus y hacerle comprender que la lucha es la ley de la vida; que la paz es el premio de la victoria, y que el hombre, creado por Dios, no está satisfecho, como dice San Agustín, sino cuando descansa en Dios.

4. **Deberes que la educación impone al joven, para con Dios y para con los padres y maestros.**—Proponiéndose la educación perfeccionar al hombre, y hallándose viciada su naturaleza, tiene que seguir una norma de conducta, ó mejor dicho, cumplir la ley prescrita por Dios, para el orden de la vida y la consecución de su inmortal destino. La educación impone al joven varios deberes, que enunciaremos brevemente.

El primero y fundamental es el respeto á Dios, sin cuyo auxilio nadie puede ser bueno ni verdaderamente sabio. *Si descas la sabiduría, guarda los mandamientos, y Dios te la concederá; pues la sabiduría y la disciplina vienen del temor del Señor*¹. Amar á Dios, obedecerle, practicar su santa ley: he aquí la obligación primordial del joven cristiano. Mas para esto necesita de la religión, que le enseña los preceptos divinos y le da fuerza para cumplirlos. «Ella se dirige á la conciencia del adolescente, mueve su voluntad, provoca el esfuerzo, le inspira el amor y el hábito del sacrificio y en todos sus actos, aun los más comunes, le presenta ocasiones de vencerse y de aspirar á la virtud.»²

Si comprendiera el joven la necesidad de cimentarse en la práctica de la virtud desde los primeros años, aceptaría gusto cuanto le inclina á lo bueno y le aleja de lo malo. *¿Cómo enmendará el tierno joven su conducta? Observando las palabras ó preceptos del Señor*³.

No debe olvidar el joven que está en época de formación; por lo que le es indispensable recibir por medio de la educación la buena semilla, que ha de germinar lentamente en su alma y producir después frutos opimos. Para conseguir esto, ha de servir con esmero á Dios, de quien ha recibido cuanto tiene; ha de promover su gloria y recordar á menudo que Él es su primer principio y su último fin.

¹ «Fili concupiscens sapientiam, conserva iustitiam, et Deus prebebit illam tibi. Sapientia enim et disciplina timor Domini» (Ecl. I, 33-34).

² Pichonard, L'éducation.

³ «In quo corrigit adolescentior viam suam? In custodiendo sermones tuos» (Ps. CXVIII, 9).

Después de Dios ha de amar, respetar y obedecer el joven á sus padres, de quienes recibió la vida y que son los representantes de Dios en la tierra. El cuarto precepto del decálogo, fundado en las leyes de la naturaleza, prescribe á los hijos este sagrado deber, cuyo cumplimiento es indispensable para el orden y la paz de la familia, así como para la educación de aquéllos. Dios premia, aun en esta vida, á los buenos hijos y castiga duramente á los malos; por lo que el joven ha de acatar la autoridad paterna, cumplir sus órdenes y secundar su benéfica acción. Iguales deberes, guardada la proporción debida, tiene para con los encargados de su formación intelectual y moral. Todo joven de sentimientos nobles y cristianos se muestra agradecido y respetuoso para con sus maestros, cuya misión es la más alta después de la de transmitir la vida.

Se ha dicho antes que cada edad de la vida tiene sus cualidades y sus defectos. «La infancia es ligera, desaplicada, presuntuosa, violenta, tenaz; es la edad de la disipación, de los arrebatos y de los placeres, la edad de todas las ilusiones, y, por lo mismo, de los extravíos; pero, añade Fenélon, es también la edad en que el hombre puede todo sobre sí mismo.»¹

Necesario es que el joven conozca su debilidad é inexperiencia y los peligros que por todas partes le rodean, para que busque el apoyo de sus padres y maestros y se someta á su dirección. ¡Cuántos jóvenes se pierden por sacudir el yugo de la obediencia, por guiarse á sí mismos, seguir sus caprichos y dejarse arrastrar por sus pasiones, tan ardientes en esta edad! *Bueno es para el hombre el haber llevado el yugo desde su mocedad*²; porque *el espíritu del hombre y todos los pensamientos de su corazón están inclinados al mal desde la juventud*³. *El necio se mofa de las amonestaciones*

¹ Dupanloup, De la educación.

² «Bonum est homini, cum portaverit iugum ab adolescentia sua» (Thren. III, 27).

³ «Sensus et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua» (Gen. VIII, 21).

CRESPO-TORRAL, Educación. Ed. 2.

de su padre; mas el que hace caso de la corrección, vendrá á ser más hábil¹.

5. El joven ha de amar el trabajo, adquirir carácter y espíritu de vencimiento.—Si la educación exige esfuerzo personal, presupone trabajo constante y decidido del educado; pues Dios ha puesto en el alma, como en germen, muchas y preciosas facultades, y ha hecho al hombre depositario de ellas, para que las desenvuelva y ejerce por medio del trabajo. Además, en la triste condición actual del humano linaje, todo adelantado intelectual y moral se obtiene con fatiga y lucha; así que tenemos que ir conquistando palmo á palmo la verdad y el bien, que nos perfeccionan, satisfaciendo nuestras justas aspiraciones.

Por esto, el trabajo es poderoso auxiliar de la educación, siendo indispensable que el hombre se acostumbre á él desde los albores de la vida. Si el mundo físico y el moral están en constante movimiento, no puede el hombre permanecer inactivo, so pena de ser un miembro inútil y nocivo en la sociedad. ¡Adelante, adelante! es la divisa de cuantos comprenden su misión en esta y en la otra vida.

Á más del trabajo ha de adquirir el hombre otra prenda sobre manera útil: el carácter, sin el que poco ó nada sirven las otras cualidades, y aun el trabajo mismo no produce resultados eficaces. Porque si el hombre carece de energía moral, si fluctúa á todo viento de doctrina, si no sigue un rumbo constante en su vida, si no tiene, en fin, carácter, no hará cosa de provecho, ni dejará ejemplos dignos de imitarse.

Tanto el trabajo como el carácter exigen vencimiento, porque nuestra depravada naturaleza rechaza cuanto la contraría. Por esto el que no se vence, es luego víctima de la tiranía de las pasiones y del yugo de la ignorancia. Como la educación pule y perfecciona al hombre, requiere docilidad y vencimiento en quien la recibe, á fin de que vaya liberándose poco á poco de las viciadas inclinaciones y acostumbrándose á la práctica del bien. El cultivo mismo de las

¹ «Stultus irridet disciplinam patris sui; qui autem custodit increpationes, astutior fiet» (Prov. xv, 5).

ciencias es obra laboriosa, y en cuanto á la vida espiritual, todos sus actos exigen vencimiento. *Tanto aprovecharás en la virtud*, dice el libro de la Imitación de Cristo, *cuanto te vencieres á ti mismo*¹. Mas la ciencia de vencerse á sí mismo no se aprende en los libros, sino en el trato con Dios, que nos da luz para conocerla y fuerzas para practicarla.

«Es esencial en la educación», dice una escritora americana, «que el hábito de vencerse empiece desde los primeros años de la vida á doblegar el carácter del joven, predisponiéndole á aquellos sacrificios que las vicisitudes humanas y las relaciones domésticas y sociales le exigirán en lo sucesivo. Para conseguir este fin, en una edad en que los sentimientos son tan irritables, es preciso convencer suavemente á la razón y obligarla á reconocer como útil y bueno lo que le desagrada y exaspera. El joven ha de persuadirse de que no debe dar rienda suelta á sus apetitos y deseos y de que la sociedad impone una serie de sacrificios y de condescendencias. Quien no sabe dominarse será el azote de los que le obedezcan y la víctima de sus superiores. Déspota ó esclavo, tal es el porvenir que le aguarda.»²

No me detengo más en este punto, porque del trabajo y del carácter trato en capítulos especiales.

6. Misión de la juventud en el mundo.—La juventud cristiana tiene una noble misión que cumplir: la de formarse debidamente, por medio de la educación, para ponerse en condiciones de desempeñar el cargo que le corresponda en la tierra, y después salvarse. Para esto necesita desarrollar todas las fuerzas de que está dotada y acostumbrarse al propio vencimiento; de modo que el deber sea el móvil de su actividad, con lo que, por otra parte, se dignificará y elevará muy por encima de los otros seres.

«El deber (dice un escritor contemporáneo) es la honra de las voluntades libres. Los seres ocupan un lugar más ó menos alto en la escala de la vida, según obedecen á móviles más ó menos elevados. La materia tosca está sujeta á leyes

¹ «Tantum proficies, quantum tibi ipsi vim intuleris» (1, 30).

² Cartas sobre educación.

groseras y necesarias; los animales obedecen á instintos ciegos é irresistibles; y sólo el hombre obedece al deber, es decir, á la idea. Este móvil es de un orden tan superior, que su acción no perjudica en nada á la espontaneidad de nuestras energías interiores. Á diferencia de los demás seres, las cadenas que llevamos no son de hierro y acero, sino de luz y de amor; y la necesidad que soportamos es tan sutil y espiritual, que nos conduce sin violentarnos, y nos ilumina sin deslumbrar nuestra vista.

«El deber manda á los apetitos y á las pasiones, é inmediatamente la voluntad se doblega, cada energía se modera, y en el mundo moral hay un sinnúmero de fuerzas y de libertades que se funden armoniosamente en un concierto universal de amor.... El deber sostiene y hace caminar al mundo, regulariza y equilibra todas las cosas y es para los seres racionales la condición indispensable de la paz y de la felicidad.

«Pero no basta admitir el deber, sino que conviene pasar de la idea á la acción. Hay que realizar lo que el espíritu concibe como bueno, so pena de carecer de reposo y de trabarse lucha entre la cabeza y el corazón, entre el pensamiento, que tiene á lo alto, y el cuerpo, que se arrastra por la tierra. Cuando las facultades están de acuerdo; cuando la idea se traduce en acción; cuando la ley del espíritu viene á ser ley del cuerpo, y se realiza el bien que se concibe, entonces el hombre es dueño de sí mismo y procede rectamente.

«Mas conviene recordar que Dios es la fuente de todos los deberes, como es la causa y origen de todos los seres, y que quiere con voluntad indefectible el fiel cumplimiento del deber, que nos intima por la voz de la conciencia, ó por una revelación exterior. Su infinita bondad cuenta, desde lo alto del cielo, las acciones humanas y las pesa, y al fin de la vida asigna á cada uno la suerte que le corresponde. ¡Feliz el que, al presentarse ante Él, puede asegurar que ha obedecido siempre al deber!»¹

¹ *Brunet*, Souvenirs oratoires.

El joven que aspira á cumplir su misión, procede siempre guiado por el deber que Dios le impone de perfeccionarse en el orden intelectual y moral. Para conseguir lo último, ilustra su inteligencia con las verdades naturales y reveladas; adquiere hábitos de trabajo; se esfuerza en poseer la rara dote del carácter, y cuida, en una palabra, de ser instrumento apto en manos de la Providencia.

¡Cuán hermosa es la misión del joven cristiano en el mundo! Intactas y vigorosas las fuerzas del cuerpo y del alma, y estimulado por la noble pasión del amor á Dios y al prójimo, despliega energía inusitada en pro de los intereses de la familia, de la patria y de la Iglesia, y obtiene en servicio de ellas gloriosos triunfos. Las obras más grandes se ejecutan, de ordinario, en la edad juvenil; porque ésta es á modo de primavera en que brotan las flores y se preparan los frutos. El hombre, como la naturaleza, experimenta cambios: hay tiempo de sembrar y tiempo de cosechar; tiempo de trabajar y tiempo de descansar; tiempo de hablar y tiempo de callar. Ahora bien, la juventud es la época de la vida en que se siembra, se trabaja y se lucha.

Sea cual fuere el puesto que Dios señale al joven cristiano, puede hacer mucho bien en el mundo. Si le llama á la milicia del santuario, procurará atraer á los demás á la virtud, con la palabra y el ejemplo, derramando por todas partes el bálsamo del consuelo y la luz de celestial doctrina. Si su vocación es la de formar un hogar cristiano, comprenderá los arduos deberes de la paternidad y cuidará de que en su familia reinen la concordia y la piedad. Si es llamado á desempeñar cargos públicos, ó á ocuparse en la prensa ó en el profesorado, los considerará como un difícil ministerio que exige instrucción competente, rectitud de criterio y honradez acrisolada. Si se dedica á la carrera de las armas, la mirará como el sostén de las libertades públicas, de la integridad y honra de la patria.

7. Superioridad del joven creyente sobre el incrédulo.—Como el hombre procede guiado por sus convicciones, y entre ellas las religiosas influyen más eficazmente en su espíritu, hay grande diferencia entre un joven cristiano

y otro que no lo es. Ocupándose la religión en los problemas más interesantes de esta y de la otra vida, nos suministra acerca de ellos ideas claras y seguras para la dirección de las acciones y la consecución del fin supremo.

El creyente conoce su origen y destino último, el deber de dirigir todos sus actos á Dios, de desprender el corazón de los bienes transitorios, la necesidad de atesorar buenas obras para ganar el cielo, y otras muchas é importantes verdades. El incrédulo, privado de la luz divina, vive á ciegas, y careciendo de rumbo fijo en sus actos, obra al impulso de las pasiones. Llena el alma de amarguras y decepciones, sin la esperanza de una vida mejor y sin el freno de la religión, se precipita por la pendiente del error y del vicio, hasta acabar tristemente sus días.

En las producciones de la inteligencia se nota diferencia entre el uno y el otro. El primero busca y enseña tranquilo la verdad, proponiéndose siempre un fin útil y moral en sus obras literarias, de cualquier género que sean; mientras el incrédulo vaga entre sombras é incertidumbres, sin punto de partida para sus investigaciones filosóficas y sociales, ni término fijo al cual dirigirse. Byron, Leopardi, Jouffroy, Larra, víctimas de la duda, confirman lo que decimos: sus producciones, como gritos de desesperación, impresionan al lector y le alejan de las placidas regiones de la esperanza cristiana. Por el contrario, ¡cuánta profundidad, cuán saludable enseñanza y cuánta calma se notan en los escritos de Lacordaire, Balmes, Donoso Cortés, Ozanam, y eso por no hablar sino de los modernos!

La superioridad del joven cristiano sobre el incrédulo nace de que el primero procede estimulado por el deber, dirigido por la conciencia y por la ley divina, alentado, en fin, por la confianza de conseguir un premio eterno; mientras el segundo procede al acaso, movido por el interés personal ó por viles instintos. La creencia en la vida futura fortalece al joven en las luchas interiores y le hace soportable el padecimiento; y cuando la llama de la caridad prende en su alma, no hay dificultad que le detenga, ni sacrificio que le intimide. Entonces las fuerzas se centuplican, y la actividad para el bien es prodigiosa.

La juventud es edad de nobles resoluciones y de hechos heroicos; es el tiempo más fecundo de la vida humana; por lo que, quien la pasa inútilmente, no se forma como es debido, y aun es difícil que haga algo de provecho cuando declinan las fuerzas y se acerca al término de la jornada. *Los días de tu vejez serán como los de tu juventud*, dicen los Libros Santos¹.

8. Entusiasmo por las nobles causas.—Nobles causas hay para la acción de la juventud. En el vasto campo de la verdad y el bien existen innumerables asuntos que atraen las simpatías del joven. Prescindiendo de otros, me limito por ahora á recomendar dos cosas de indisputable importancia, á las que preferentemente debe servir y amar el joven: tales son la religión y la patria, de las que hablaré después.

La juventud gusta de la lucha, acude al sostenimiento de lo digno y rechaza lo bajo y lo villano. Vida holgada y quieta, transacciones cobardes con el error, apatía y vacilación, son explicables en el anciano decrepito é inconsciente. Juventud quiere decir vida, animación, entusiasmo, culto á lo grande y á lo heroico. Jóvenes fueron los gallardos caballeros que, con la fe en el corazón y la espada al cinto, libertaron el Santo Sepulcro y humillaron á la Media Luna, en aquellas legendarias proezas que la historia llama Cruzadas.

En nuestros días, la lucha entre la verdad y el error, entre el bien y el mal, se libra principalmente en el terreno de las ideas y de los principios: por esto, la causa católica necesita en la actualidad no tanto de la espada de Pelayo y Godofredo, como de la pluma de Balmes, de Lacordaire, de Ozanam, de Augusto Nicolás, de Donoso Cortés, de Hettinger, de Luis Veuillot.

9. Peligros y males que ha de evitar el joven, sobre todo en la época de su formación intelectual y moral.—Como el hombre se forma durante la juventud, y son muchos los obstáculos que se oponen á esta difícil obra, conviene tenerlos á la vista para evitarlos y vencerlos.

¹ «Sicut dies iuventutis tue, ita et senectus tua» (Deut. xxxiii, 25).

Ahora bien, el principal estorbo que se presenta es el joven mismo, cuya fogosidad y arrebatos es preciso moderar. El joven, lo hemos dicho ya, es inexperto, irreflexivo é inconstante, propenso al orgullo y al regalo; por lo que fácilmente se deja fascinar por las ilusiones, prender por los lazos del mundo, y aun seducir por los incentivos del placer, todo lo que constituye un peligro continuo para su buena formación intelectual y moral.

Las amistades, las reuniones y las lecturas son armas de dos filos que, según se las emplee, aprovechan á la juventud ó causan su ruina. En el capítulo cuarto, § 6, encuentra el joven varios consejos y útiles enseñanzas acerca de estos asuntos de tanta transcendencia para su educación.

Aquí añadiré sólo breves reflexiones acerca de la utilidad de la lectura é indicaré algunas reglas prácticas para distinguir los libros buenos de los malos. «Los libros», dice la escritora americana antes citada, «ensanchan el entendimiento é inculcan las máximas y los preceptos de la religión. Ellos son los canales por los que se nos transmiten las conquistas de las ciencias y de las artes; con su auxilio podemos seguir paso á paso la carrera del hombre, desde la más tosca barbarie hasta la más refinada civilización; conocer el estado literario, los usos y costumbres de las épocas más célebres del mundo, y aprovecharnos de las opiniones y de las verdades descubiertas por los que han consagrado su vida al estudio y á la observación. Ellos, sin los gastos é incomodidades de un viaje, presentan á nuestra vista los países más remotos, sus leyes y costumbres; ellos nos transportan á los otros planetas, nos hablan de las maravillas de los cielos y de los descubrimientos hechos en los dominios de la naturaleza. El fruto de estos estudios nos da la idea más alta de la inmensidad de la creación y de la sabiduría infinita, del poder y bondad del Ser que sacó de la nada tan admirable máquina, y que con tanto orden y simetría la dirige. Además de esta instrucción teórica, los libros nos enseñan á sobrellevar la adversidad con fortaleza y á mantenernos con moderación en la abundancia, porque en ellos hay documentos é instrucciones para todas las condiciones de la vida. La lectura disipa la

tristeza y difunde en el alma una plácida satisfacción. El que no tiene suficiente caudal de ideas propias para gobernarse, se provee de las que otros han consignado en sus escritos.»¹

Pero, así como es provechosa la lectura de los buenos libros, es muy nociva á la juventud la de los libros perversos, que, por desgracia, abundan en nuestros días. El error y el vicio ocultan su veneno bajo las formas seductoras del estilo, para cautivar y perder al joven; por lo que necesita éste de sumo cuidado para evitar el peligro. La afición á las novelas, en las que muchas veces se ponen en escena las pasiones más vergonzosas, es otro escollo para la juventud estudiosa. El principal inconveniente de ellas, á juicio de un escritor, es alejarnos de la existencia real, para engolfarnos en quimeras seductoras que se apoderan con irresistible poder de la parte más voluble del hombre, la imaginación, para conducirlo á graves extravíos. Por regla general, los lectores de novelas pierden la afición á los estudios serios, estraigan el gusto literario y, cuando menos, malgastan el tiempo; por lo que deben ser preferidos los libros que analizan nuestra naturaleza moral, examinan nuestros deberes, nos inducen á la práctica del bien, ó tratan de otros asuntos útiles é instructivos.

Un buen libro, decía el Padre Lacordaire, es para el alma como un ser vivo con quien se conversa en la intimidad, y como un amigo de confianza á quien se admite á los entretenimientos más familiares. Reflexionar al leer un buen libro, comprender su doctrina, aceptarla, embriagarse con su perfume, penetrarse de su substancia, todo esto causa en el alma un goce indefinible. El tiempo corre ligero en esas comunicaciones encantadoras del pensamiento propio con un pensamiento superior; las lágrimas vienen á los ojos y se agradece á la bondad divina el haber dado á las rápidas elusiones del espíritu la duración del bronce y una vida sin término. «¿Cuáles son los libros que deben ser leídos de preferencia, sobre todo por los jóvenes?» pregunta Mons. Baudard. «Única-

¹ Cartas sobre educación.

mente», contesta, «los que tienen el triple sello de la verdad, de la bondad y de la belleza. La verdad en la doctrina la posee la Iglesia católica romana, y por esto cuanto se aparta de ella es, ú obra de tinieblas, ú obra de muerte. La belleza en la expresión se encuentra en las obras portentosas de los genios, que han estado siempre poseídos del ideal, á cuya consecución dirigen sus esfuerzos. El bien se halla en la observancia de la ley moral; y el medio de conocer la índole de un libro es observar si, después de leerlo, se siente uno más casto, más generoso para lo bueno, más alejado de lo malo y más aficionado al cielo. Hay una regla para juzgar de la palabra humana, hablada ó escrita: *cuando la palabra refleja mejor el pensamiento, el pensamiento al alma y el alma á Dios, todo es entonces bueno y bello*. Que ésta sea la regla de la lectura.

«Conviene leer pocos libros y escogidos, para evitar la manía de los que quieren conocer todo é imponerse de cuanto cae en sus manos, con lo que no adquieren conocimientos sólidos en ninguna materia. *Teme al hombre que lee un solo libro—time hominem unius libri*, decían nuestros padres. No se profundiza ningún ramo del saber sino concentrando en él las fuerzas del espíritu y especializándose en él. Un moralista ha dicho: el mundo está acometido del furor de la lectura, y nuestro siglo está enfermo de leerlo todo. El público es una especie de boa constrictora de mil cabezas, cuyo apetito voraz se sacia con papel impreso, y cuya digestión tiene visos de agonía.... Á medida que se avanza en edad, se leen pocos libros, como se cultivan pocas amistades; pero son libros y amigos escogidos.»¹

Las buenas lecturas y, en general, las bellas letras puyen el espíritu, dulcifican el carácter, recrean honestamente al hombre, le ponen al habla, por decirlo así, con los ingenios de todos los tiempos y le enseñan á combinar en justa medida lo útil con lo agradable. «Propio es de las bellas letras», dice León XIII², «cuando son enseñadas por maestros

¹ *Banuard*, Le collège chrétien.

² Encíclica al episcopado y al clero de Francia, del 8 de septiembre de 1899.

hábiles y cristianos, desenvolver rápidamente en el alma de los jóvenes todos los gérmenes de vida intelectual y moral, al mismo tiempo que contribuyen á dar rectitud y amplitud al juicio, así como elegancia y distinción al lenguaje.»

Terribles son los daños que produce la lectura de malos libros. Desde luego la pérdida del tiempo, que debe emplearse en cosas útiles; cuanto más que la experiencia confirma que el que se acostumbra á leer dichos libros, malgasta en ellos los meses y los años, aun con menoscabo de las obligaciones que le incumben. Se estraga además el gusto literario; porque el que tiene la cabeza y el corazón llenos de ideas y deseos perversos, no encuentra agrado en las tranquilas y serias enseñanzas de la historia, de la filosofía y de las ciencias. Las facultades pierden su energía; la inteligencia se entenebrece y disgusta de los estudios sólidos, y la luz de la fe deja de iluminar esa atmósfera malsana; el corazón se resfría para lo bueno, se inclina á lo malo y se enerva por la acción de ese narcótico que le quita el vigor y la calma.

El que se entrega á las malas lecturas, es pronto dominado por el egoísmo; y, en vez de las alegrías puras y delicadas que proporcionan la amistad, la familia y la religión, siente esas malas complacencias del alma que Virgilio calificaba de «mortales». La imaginación se llena de fantasmas impuros, la conciencia pierde su rectitud, la voluntad se consume en la inercia y, lo que es peor, las costumbres se corrompen¹. Nada raro es que, privada entonces la inteligencia de la lumbre de la verdad y el corazón del suave yugo de la ley moral, se entregue el hombre á los peores excesos, lleve una vida estéril y termine en la desesperación y en el suicidio. Á menudo estamos lamentando los funestos resultados que los libros impíos é inmorales producen, sobre todo en la inexperta juventud.

¹ Cf. *Banuard* l. c.

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

LA MORAL Y EL PROGRESO.

1. Qué es la moral: ella tiene su origen en Dios. La moral y la Iglesia. —
2. La educación y la moral. — 3. Excelencia de la moral católica. —
4. En qué consisten el progreso y la civilización: ellos son inseparables de la religión y de la moral cristianas. — 5. Moral independiente ó racionalista. — 6. La moral católica es el principal estímulo del trabajo y de la educación.

1. Qué es la moral: ella tiene su origen en Dios. La moral y la Iglesia. — La moral es la ciencia que trata del bien en general, y de las acciones humanas en orden á su bondad ó malicia. Considerada como parte de la teología, se define: «La ciencia que, apoyada en el derecho divino manifestado por la revelación, inquiriere lo que es lícito ó ilícito en las acciones humanas, para dirigir las en orden á la vida eterna. La moralidad consiste en la conformidad del acto con su fin, en su aptitud para conseguirlo. Un acto es moral cuando está de acuerdo con la regla, con la ley moral que dirige las acciones á un término ó fin. Y como el Bien por esencia, el Bien Sumo, es el fin supremo del hombre, Él es, por consiguiente, la regla primera y soberana de nuestra actividad, como es también el orden soberano, la rectitud soberana.

La moral es, por tanto, la ley suprema de nuestros actos, la reguladora de nuestra actividad libre, la ley soberana en que se apoyan todas las leyes particulares. Y puesto que sólo Dios tiene derechos sobre lo íntimo de nuestro ser, se deduce que la moral procede de Él únicamente.

La moral tiene autoridad indiscutible y suprema sobre nuestra conciencia, á cuyas prescripciones debe sujetarse por completo. La autoridad de la ley moral sería nula si no dominara en el orden de la conciencia. Todos los actos del hombre, para ser buenos, deben directa ó indirectamente tender al fin último, al que no es lícito oponerse en ningún caso.

La base de la moral es la creencia en un Dios personal y vivo, dueño del hombre, para con quien ejerce el triple atributo de la soberanía; á saber, el poder legislativo, el

ejecutivo y el judicial. Síguese de esto que una moral sin Dios, ó con el Dios impersonal del panteísmo, es una utopía y una quimera. La moral es nada, si no se la considera como ley viva y soberana, procedente de un Dios vivo y soberano ¹.

La moral, en sus principios fundamentales y aplicaciones primeras, se funda en la ley natural, que es la ley eterna de Dios promulgada al hombre por medio de la recta razón, que le hace discernir entre lo bueno y lo malo ².

De estas nociones se deduce la suma importancia de la moral, sin la que no se pueden ordenar al fin último los actos de la vida. Y aun cuando la ética se propone también dirigir á aquéllos hacia dicho fin, los considera tan sólo en el orden natural; mientras que la moral católica atiende al fin sobrenatural, que es el último del hombre, fin que incluye al natural y aun lo supera. Por lo cual la relación al fin último en los actos humanos es diversa según lo considere la ética ó la teología moral ³.

Por lo anterior se conocerá que la observancia de la ley moral es indispensable para adquirir hábitos de honradez y sanas costumbres; y si de éstas depende la prosperidad ó decadencia de los pueblos, es indudable que la moral contribuye eficazmente al bienestar común. «La bondad de la voluntad», enseña Santo Tomás, «depende de la intención del fin; y como el fin último de aquélla es el Sumo Bien, que es Dios, es necesario, por tanto, á la voluntad humana, para ser buena, que se ordene al Sumo Bien.» ⁴

La conciencia no puede ser, como algunos pretenden, la regla y fuente de la moral; porque, cual dice el abate Desorges ⁵, «la conciencia tiene una parte considerable en la doctrina y en la vida moral; pero no conviene extender su

¹ Cf. Desorges, Les erreurs modernes. *Gods, Sanctificetur educatio. Castelain, Une loi d'éducation nationale.*

² Cf. Buceroni, Theol. mor. ³ Lehmkühel, Theol. mor.

⁴ «Bonitas voluntatis dependet ex intentione finis. Finis autem ultimus voluntatis humanæ est summum bonum, quod est Deus. Requiritur ergo ad bonitatem humanæ voluntatis quod ordinetur ad summum bonum» (Summa theol. I II, q. 19, a. 9).

⁵ L. c.

dominio más allá de lo que le corresponde. Ella es en el hombre la *promulgación* de la ley, pero no es la ley. Ésta es *objetiva*, para hablar el lenguaje de la filosofía... y la conciencia es el conocimiento de la ley... La bondad del acto proviene de su objeto, fin y circunstancias. La conciencia, la razón nos revelan é indican, en efecto, la bondad del acto; pero no son la causa de esta bondad: la revelan, porque existe. La conciencia no es, por lo mismo, el primer principio ó fuente de la moral, sino la manifestación de ésta en el alma humana.» La conciencia, en una palabra, es el juicio práctico que nos indica lo que *hic et nunc* debemos hacer ó evitar: por tanto, no crea ó establece la ley, sino antes bien la presupone, y, supuesta su existencia, nos inculca su cumplimiento.

Como son pocos los *primeros principios* del derecho natural y puede haber y ha habido equivocación y diversidad de pareceres en las consecuencias remotas y aplicaciones prácticas de los mismos, Dios se ha dignado enseñar al hombre, por conducto de la Iglesia católica, un cúmulo de verdades importantes y utilísimas para el gobierno de la vida y la consecución del fin sobrenatural. «Una vez que ha tenido lugar la revelación», observa el autor antes citado, «y que la Iglesia ha recibido de Jesucristo el depósito y guarda de las verdades doctrinales y morales, teológicas y prácticas, necesarias ó útiles á la salud de la humanidad; se deduce lógicamente que la moral no puede ser independiente de la Iglesia y de su autoridad, y que forma, por lo mismo, parte del dominio que Dios ha dado á aquélla.»¹ En verdad, sólo la Iglesia recibió de su divino Fundador la potestad de *enseñar á todos los pueblos, y de apacentar á las ovejas y á los corderos*; misión altísima, que no podría cumplir si no fuera la única depositaria, la intérprete infalible y custodio de la moral, cuyas prescripciones son de aplicación diaria para los individuos y las naciones en el amplio campo de su actividad.

2. La educación y la moral.—Siendo la moral la ciencia que trata de la bondad ó malicia de las acciones

¹ Desorges l. c.

humanas, y proponiéndose la educación el perfeccionamiento del hombre, tiene que haber íntimo enlace entre ésta y aquélla; ó, mejor dicho, no puede haber educación sin moralidad. La criatura racional tiene que proponerse en sus acciones un fin en armonía con su destino supremo; por lo que éstas serán buenas ó malas según estén ó no conformes con la regla de las costumbres prescrita por Dios.

Como la educación comprende á todo el hombre, hay que tomar en cuenta las leyes morales para el debido desarrollo y perfeccionamiento de todas sus facultades, tanto más que dichas leyes le hacen responsable de sus actos y merecedor, según sean, de premio ó castigo en la vida futura. Prescindir de la moral en la obra de la educación, equivale á cimentarla sobre arena, ó hacerla nociva y á anularla, dejándola á merced de los caprichos y de las miserias humanas. Por esto debemos tratar de la moral en la presente obra destinada á la formación cristiana de la juventud, ya que sin moral es imposible educarla bien.

Pero así como no hay sino una religión verdadera, tampoco no hay sino una sola moral verdadera, la que enseña la Iglesia católica, á quien confió Jesucristo el depósito de la moral y el poder de interpretarla. Por esto no se puede hablar de la segunda prescindiendo de la primera, ni se las debe separar, ya que apartar la moral de la religión es privarle de su mayor apoyo.

Y refiriéndonos al punto de que tratamos, ¡cuán cierto es que «así como la instrucción separada de la educación moral conduce á resultados malos y á menudo desastrosos; de igual modo la educación moral separada del espíritu religioso, formará un hombre exteriormente moral, pero no profunda y sinceramente honrado!»¹

3. Excelencia de la moral católica.—Para persuadirse de la superioridad y excelencia de esta moral, basta considerarla en sí misma y en los resultados producidos. Mirada en sí, es la más pura, hermosa, benéfica y consola-

¹ Discurso pronunciado en el Instituto La Salle de Nueva York por el Card. Satolfi.

dora que puede darse. Enseñada por Jesucristo, contiene preceptos para dirigir todos nuestros actos, reprimir las pasiones, practicar las virtudes y hacer el bien á los demás. No se limita, como la moral pagana, á ordenar actos exteriormente honestos, ni se funda en la utilidad, ni menos en el egoísmo, como varios sistemas de moral de nuestros días, sino que tiende á la renovación interior del hombre, á acostumbrarlo al temor de Dios, al odio del vicio, y al sacrificio del interés personal, cuando lo exigen el bien público ó las necesidades de los demás.

Admirables son los resultados que ha producido la moral católica en la sucesión de los siglos. Por su influjo desaparecieron la relajación y voluptuosidad paganas, y se implantaron en la sociedad costumbres puras y morigeradas. Todas las virtudes y acciones sorprendentes ejecutadas por los cristianos, desde el origen de la Iglesia, son debidas á la obscurancia de la moral evangélica que, circulando como savia benéfica entre los individuos y los pueblos, los mejoró y civilizó, impulsándolos á servir á Dios y á propender al perfeccionamiento individual y social.

Cuanta sea la importancia de esta moral considerada en abstracto y en sus principios teóricos, lo expresa Manzoni¹ en estos términos: «Origen de irrecusable autoridad; regla á que deben sujetarse todos los actos y pensamientos; espíritu de perfección, que en todo caso dudoso impulsa el alma á lo mejor; promesa superior á todo interés temporal imaginable; modelo de santidad propuesto en el Hombre-Dios; medios eficaces para ayudarnos á imitarlo, sobre todo, en los sacramentos instituidos por Él, y en la oración, á cuyo servicio ha puesto Dios su omnipotencia misma: tal es la moral de la Iglesia católica, moral que por sí sola nos da á conocer lo que somos, y del conocimiento de los males humanamente irremediables hace nacer la esperanza; esta moral que todos deseamos la practiquen los demás, y que practicada llevaría á la sociedad al más alto grado de perfección y felicidad posibles en la tierra; moral á la que el mismo

¹ Osservazioni sulla Morale cattolica cap. 3.

mundo no puede negar un testimonio perpetuo de admiración y de aplauso.»

4. En qué consisten el progreso y la civilización: ellos son inseparables de la moral y de la religión cristianas.— Los hombres y los pueblos aspiran á desenvolverse y á perfeccionarse, ó, lo que es lo mismo, á progresar. Aspiración justa, que dignifica al hombre y manifiesta que es el rey de la creación; tendencia noble fundada en la palabra misma de Jesucristo: *Sed perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto*. El progreso significa marcha hacia adelante; es una necesidad insaciable que no puede ser plenamente satisfecha en la tierra; es «la ascensión del alma hacia lo grande y lo bello»; es, según lo define León XIII, el perfeccionamiento del hombre individual, doméstico y social.

Este anhelo por lo más excelente, esta tendencia á avanzar y á mejorar, comprueban que el hombre desea progresar y civilizarse más y más. «El progreso», dice el Padre Félix¹, «es el movimiento hacia lo mejor, el tránsito de lo menos perfecto á lo más perfecto, de lo pequeño á lo grande.»

«Aplicado á la criatura dotada de inteligencia y libertad, el progreso es una marcha libre hacia su fin y un esfuerzo inteligente en pos del ideal», añade otro escritor moderno. «Es un movimiento de abajo arriba, que hace subir al hombre por grados hacia el fin que ama, al cual aspira y que se empeña en conseguir.»²

Se puede dividir el progreso en material, intelectual y moral, y considerar cada uno de estos progresos en el individuo y en la sociedad; mas, entre estos diversos órdenes hay una jerarquía necesaria, impuesta por la naturaleza misma de las cosas, jerarquía que debe ser respetada, so pena de producir un desarrollo parcial, monstruoso y nocivo. La Iglesia no pierde jamás de vista esta ley suprema de la armonía en el progreso; y por esto, al favorecer cuanto puede per-

¹ «El progreso por el cristianismo».

² Cf. Vérités fondamentales de la religion.

feccionar al hombre, exige ante todo que no se sacrifique el alma al cuerpo, la virtud á la riqueza, la fe á la ciencia, el cielo á la tierra.

«La Iglesia no rechaza el progreso intelectual ni el progreso material; lo que ella quiere solamente, lo que tiene derecho á exigir en nombre de Dios, de quien es intérprete, es que estos adelantos y desarrollos estén contenidos dentro de límites razonables y que no constituyan deformidades; ella desea igualmente que el progreso moral siga una marcha proporcional, en vez de decrecer, como acontece de ordinario á medida que se aumenta la riqueza.»¹

«El verdadero punto de madurez para las naciones», dice el Padre Félix², «es aquel en que, habiendo el progreso material alcanzado el grado suficiente para el funcionamiento de todas las facultades humanas y de todas las fuerzas sociales, el orden moral va en aumento y excede al progreso material con toda la supremacía del espíritu sobre la materia. El encuentro providencial de estos dos progresos constituye en la historia las grandes épocas del mundo y marca en las evoluciones seculares de la humanidad el apogeo de las civilizaciones ilustres.

«Preciso es reconocer desde luego que la marcha ascendente de la industria y la dominación creciente del hombre sobre la naturaleza física, es un progreso; es el progreso material, es la materia perfeccionada por el hombre y recibiendo del poder de su genio un esplendor que la transfigura. Pero uno es el progreso *material*, y otro es el progreso *humano*. Indudablemente, estos dos progresos no están en necesaria oposición, y aun admito que el perfeccionamiento de la materia, llegado á cierto grado, comprueba en este orden de cosas un engrandecimiento de la energía del hombre y una extensión de la soberanía que Dios le ha concedido sobre la naturaleza física; pero, si el perfeccionamiento de la materia y el perfeccionamiento del hombre pueden subsistir juntos, no están los dos necesariamente unidos. La naturaleza de las cosas y la historia demuestran que el hom-

¹ José Tustler, Le progrès par le christianisme.

² L. c.

bre puede, al perfeccionar la materia, degradarse á sí mismo; el dominio sobre ella puede producir su esclavitud; por lo que no es imposible ver reunidos estos dos fenómenos: *el hombre reinando sobre la materia, y la materia subyugando al hombre.*»

Muy diversos son el criterio cristiano y el criterio racionalista, tan en boga en nuestros días, en la apreciación del progreso. El racionalismo, dice el mismo Padre Félix, cree en el progreso humano por la acción exclusiva del hombre; el cristianismo cree en el progreso humano por la acción de Dios en la humanidad. El uno exige todo el progreso intelectual del hombre por la potencia de la razón humana, todo el progreso moral del hombre por la energía de la voluntad humana, todo el progreso social del hombre por el poder de la inventiva humana; en una palabra, todos los progresos parten del hombre para terminar en la glorificación del hombre. El otro, sin anular la razón, ni la voluntad, ni la fraternidad humana, ni el desarrollo material, exige el progreso de la inteligencia humana por la luz de la fe divina, el progreso moral del hombre por la energía de la gracia divina, el progreso social del hombre por la fecundidad de la caridad divina, el progreso material dirigido y contenido por la moral cristiana: en una palabra, todos los progresos del hombre dirigidos por la luz y la gracia divina, para conducir á la suprema glorificación de Dios¹.

«El ideal cristiano en cuanto al progreso, no es el de los idealistas, que sueñan con un progreso indefinido, muy elevado en sus aspiraciones, pero también muy vago; es un ideal, una perfección que se realizan; es Dios mismo, no el infinito en un ciclo inaccesible é incomprensible, sino Dios hecho hombre para servirnos de modelo y rescatarnos. He aquí el ideal cristiano, que no podrá ser realizado completamente en esta vida, porque toca con lo divino, pero al que podemos aproximarnos siempre más y más, toda vez que es adecuado á nuestra naturaleza.»²

¹ Obra citada, segunda conferencia.

² José Tustler, l. c.

Una vez que el progreso abraza á todo el hombre, consta de varios elementos, que deben proceder de acuerdo y ocupar el puesto que les corresponda. «En el pensamiento de la Iglesia», dice Mons. Cauly¹, «la civilización completa y eficaz abarca tres elementos: el progreso *intelectual*, por la adquisición de la verdad, las ciencias y las artes; el progreso *moral*, por la adquisición de las virtudes, las buenas costumbres y la subordinación de los súbditos á la autoridad; y el progreso *material*, por un razonable bienestar y la mejora de las condiciones físicas de la humanidad, en la medida compatible con la condición de nuestra naturaleza.»

De estos elementos, el más importante es el moral y religioso, luego el intelectual y por último el material; de modo que el progreso, para merecer el nombre de tal, ha de tener en cuenta esta gradación, que se funda en la naturaleza humana. «Efectivamente», añade el mismo autor², «el hombre se compone de alma y cuerpo; y así como éste se halla subordinado á aquélla, que es la más noble parte del hombre, así en la civilización el elemento material debe subordinarse al elemento intelectual y moral, alma de la sociedad humana. Si esta subordinación existe, producirá la verdadera felicidad de los individuos y de los pueblos, para el tiempo y la eternidad. Si, al contrario, el elemento material predomina, tendrá por resultado el lujo, el sensualismo, el espíritu de desorden y de revolución; y la preponderancia de esta civilización material sobre la moral é intelectual, irá carcomiendo los verdaderos intereses y la verdadera dicha de los individuos y de las naciones.»

La moral es, por tanto, el alma del progreso; y como la Iglesia católica es la única que enseña la verdadera moral, cuyo depósito confió á ella sola nuestro Señor Jesucristo, es claro que de la aceptación ó rechazo de su doctrina en la sociedad doméstica y civil, depende la suerte feliz ó desgraciada de entrambas. Que la Iglesia ha cumplido á maravilla la noble misión de guiar á la humanidad por la senda

¹ Curso de instrucción religiosa.

² L. c.

del progreso, lo confiesa aun el impío Voltaire. «La Europa», dice, «debe á la Iglesia su civilización.»

«¿Qué es el progreso?» pregunta el obispo de San Pablo, Mons. Ireland. «Su asiento no está en la materia ni en los cambios de forma á que la materia puede estar sometida. La materia no es el fin del progreso; ella no tiene conciencia de sus condiciones. ... El progreso está en el hombre y se manifiesta cuando el hombre se engrandece en las facultades y en los poderes de su ser, en su imperio sobre la creación inanimada y desprovista de razón.»

«El fin de las obras de Dios en la naturaleza ha sido el hombre, *que es su rey*. Por esto, estimar al hombre inferior á la materia, es trastornar el orden divino del Universo. ... Que se desenvuelvan, tanto como sea posible, las fuerzas de la naturaleza y que se la enganche á los carros de la ciencia y de la industria; que se hagan investigaciones para descubrir los secretos de la tierra, del mar y de los cielos; pero que en todo esto el objeto sea elevar al hombre á una existencia más inteligente, mejor y más feliz. Si el hombre no se engrandece, ningún bien se ha hecho; y si el hombre degenera de la altura de su destino, no se ha hecho sino el mal.»

«Perezcan el tráfico y el comercio si el hombre ha de ser por ellos empequeñecido en el sentido del derecho, y si las fibras de su corazón han de ser por ellos endurecidas. Parezca la mecánica más ingeniosa si sus ruedas inconscientes suprimen, en sus movimientos desapiadados, la pureza ó la felicidad de las almas. El trabajo es una maldición si por él llega el hombre á ser esclavo de la materia; las riquezas de las naciones son una blasfemia arrojada á la faz del Creador si conducen á sus poseedores al egoísmo y á la estrechez del espíritu, y si su acumulación condena á la multitud á la miseria y al pecado. El hombre es el ser único á quien es necesario salvar, á quien es preciso elevar. El progreso del hombre es el único progreso verdadero.»

«Dios nos ha dado el Universo material, á fin de que podamos estudiarlo y hacerlo servir á nuestros usos. El progreso material es menos conforme á las necesidades de la ley

suprema que el progreso moral y espiritual. El hombre entero debe crecer, y crecer en todo sentido. Nada tan irritante como esas vistas estrechas que limitan al hombre de un modo ú otro... Muy bueno es pregonar la importancia de la vida moral del individuo y de la sociedad, ya que la rectitud y la buena conducta son condiciones vitales para la salud misma del cuerpo y del alma... Pero la vida moral del hombre brota en su corazón bajo el rocío vivificante de la gracia divina.

«Dios reina, y el hombre es su servidor: todo progreso tiene su principio y su fin en Él, que es el *alfa* y la *omega* de todas las cosas. La religión tiene lugar preferente en cuanto mira al progreso del hombre. No hay progreso que merezca el nombre de tal donde no existen disposiciones para el perfeccionamiento espiritual del hombre. Los que trabajan en el campo del progreso no pueden prescindir del poderoso auxilio que les trae la religión, en la esfera moral y social. Si el amor de Dios no inspira las acciones; si la justicia divina no las recompensa, los corazones humanos se encuentran falseados, las almas de los hombres se convierten en hielo y el entusiasmo no es en ellos sino un sentimiento sin consistencia. El enemigo fatal del espíritu de sacrificio y del imperio sobre sí mismo, de estas virtudes que son la fuente de todo progreso moral y social, es el frío positivismo, que la incredulidad trata de substituir á la religión del Dios vivo. El positivismo es la desesperación y el pesimismo práctico... La religión es la fuente eterna de la esperanza, y la esperanza es el sostén del hombre en medio de sus luchas; la que le excita á ejecutar actos de virtud y de valor. El positivismo no puede ser la ciencia de un pueblo que progresa.»¹

«No desdénemos en buen hora la materia, ya que nuestro cuerpo ha sido formado de ella», afirma el Padre Didón²; «pero sepamos dominarla, puesto que tenemos alma. No nos alejemos de Dios que nos ha creado, sino antes bien some-

¹ Discurso pronunciado en la Exposición Colombina de 1893.

² L'homme selon la science et la foi.

támonos á Él, que es nuestro destino supremo. Si la materia nos atrae, Dios nos dirige tiernos é inefables llamamientos. Mas cuando el alma se lanza hacia el Infinito, se opera una gran transformación en nuestra vida humana. ¿Qué es entonces la tierra para nosotros? El navío sobre el cual bogamos un momento. ¿Y la humanidad? La tripulación fraternal. ¿Y la inmensidad? El camino. ¿Y el cielo? Dios mismo.»

«El catolicismo por su naturaleza es un poderoso elemento de progreso; porque de la plenitud de la verdad cristiana, fielmente guardada y perfectamente comprendida, brota, de un modo natural y sin cesar, un espíritu vivificante de progreso en todos los dominios de la cultura humana», dice el Padre Bachelet.

El catolicismo y el progreso están íntimamente ligados entre sí, y no pueden separarse ni menos luchar sin gravísimo daño de la cultura moral y aun intelectual de los pueblos. Cuando proceden de acuerdo, todo adelante y se mantiene en orden: la moral informa al progreso, y éste procura el bienestar temporal del hombre, sin descuidar sus intereses eternos.

«Pregonar el abandono ó rechazo de la moral cristiana, es», como lo nota el abate Desorges¹, «sostener una doctrina, no sólo falsa en sí misma, sino funesta; es dar un golpe mortal á la civilización verdadera, una vez que la moral del cristianismo ha dado á las sociedades europeas su notoria superioridad sobre las demás. La civilización no consiste únicamente en los caminos de hierro, en el vapor, en la literatura y las artes; sino sobre todo en la justicia, en el respeto y sujeción al derecho, en el amor á nuestros semejantes, en la abnegación, en el culto puro del verdadero Dios, en la enseñanza y práctica de la virtud; en el alivio de todas las miserias humanas.

«He aquí lo que ha puesto á la civilización europea muy por encima de la pagana. Mas, ¿qué otra cosa es esta civilización sino la moral del cristianismo aplicada á la sociedad?

¹ Les erreurs modernes.

¿qué otra cosa es sino su realización más ó menos completa, más ó menos perfecta? Por consiguiente, proscribir la moral cristiana, equivaldría á privar á las sociedades europeas de su merecida superioridad; sería asestar á la verdadera civilización una herida de muerte. Las cosas conservan su vida mediante el principio que les ha dado el ser: si él perece, se extinguen y mueren. Si se apagase el sol que nos ilumina, las tinieblas cubrirían la tierra: el cristianismo es el sol de la civilización.»

El Evangelio, según confesión del mismo Rousseau, es en lo tocante á la moral siempre verdadero, siempre seguro, siempre único.

Comparando el insigne Balmes¹ las civilizaciones antiguas y modernas, que presentan á menudo un aspecto sombrío, con la civilización europea, afirma que la última está muy por encima de las anteriores, por ser cristiana.

«Sólo ella», dice, «abarca á la vez todo lo grande y lo bello que se encuentra en las demás; sólo ella atraviesa las más profundas revoluciones, sin perecer; sólo ella se extiende á todas las razas, se acomoda á todos los climas, se aviene con las más variadas formas políticas; sólo ella se enlaza amigablemente con todo linaje de instituciones, mientras pueda circular por su corazón, cual fecunda savia, produciendo gratos y saludables frutos para bien de la humanidad.

«Y ¿de dónde, sino del cristianismo, ha recibido la civilización europea su inmensa superioridad sobre todas las otras? De dónde ha salido tan gallarda, tan rica, tan variada y fecunda, con ese sello de dignidad, de nobleza y elevación, sin castas, sin esclavos, sin ennuos, sin esas miserias que cual asquerosa lepra encontramos en los demás pueblos antiguos y modernos?...

«Debe la civilización europea todo cuanto es y todo cuanto tiene á la posesión en que está de las principales verdades sobre el *individuo*, sobre la *familia* y sobre la *sociedad*. Se han comprendido en Europa, mejor que en ninguna otra parte, la verdadera naturaleza, las verdaderas relaciones, el

¹ «El protestantismo comparado con el catolicismo».

verdadero fin de estos objetos; se tienen sobre ellos ideas, sentimientos, miras de que se careció en las otras civilizaciones; y estas ideas y sentimientos están grabados fuertemente en la fisonomía de los pueblos europeos, inoculados en sus leyes, en sus costumbres, en sus instituciones, en su lenguaje; se respiran con el aire, porque tienen impregnada nuestra atmósfera como un aroma vivificante. Y es porque de largos siglos abriga en su seno la Europa un principio robusto que los conserva, propaga y aplica; es porque en las épocas más trabajosas, en que disuelta la sociedad tuvo que formarse de nuevo, fué cabalmente cuando este principio regenerador disfrutó de más influjo y prepotencia. Pasaron los tiempos, sobrevinieron grandes mudanzas, el catolicismo sufrió alternativas en su poder é influencia sobre Europa; pero la civilización que era su obra, era demasiado sólida para ser fácilmente destruida, el impulso era sobrado fuerte y certero, para que se perdiera fácilmente el rumbo.»

5. Moral independiente ó racionalista.—Sin embargo de la excelencia de la moral católica, muchos hombres dominados por el orgullo ó por innobles pasiones han excojitado sistemas de moral adversos á la enseñada por Jesucristo, con lo que han introducido la división en el gobierno de las costumbres y causado gravísimos daños á la Iglesia y al Estado. Concebible es que los filósofos paganos, ignorando la doctrina evangélica, hayan desbarrado tristemente en cuestiones morales; pero es imperdonable que, en plena civilización cristiana, haya hombres tan audaces que desconozcan los derechos del Hombre-Dios y de su Iglesia, y pretendan constituirse en maestros de la humanidad. «Algunos novadores», al decir de Bocci¹, «han dado al mundo el triste espectáculo de inventar sistemas de moral, rechazando la de la Iglesia católica, con el fin de separar á aquella de la teología y volverla puramente humana. Con esto han adulterado la moral del Evangelio y pretendido destruirla, despojándola de sus motivos sobrenaturales. En verdad, en dichos sistemas los preceptos de la moral son ineficaces, no

¹ Reazione del pensiero.

pudiendo ser reducidos á la práctica por el hombre, sino se fundan en un móvil sobrenatural; de otro modo una acción podría ser buena y moral para uno, mientras sería mala ó á lo menos indiferente para otro que no tuviese los mismos motivos ó el mismo fin para obrar, lo que destruiría la moral pública. Además, es fácil probar que cuanto de conforme á la razón de bello, bueno, justo, honesto y puro hay en los tratados de moral filosófica, todo eso se encuentra en grado perfectísimo en la moral católica. Si estudiamos desapasionadamente dichos tratados y el Evangelio, la elección no será dudosa para quien tiene sentido común. Dejemos, pues, de beber aguas emponzoñadas, que no pueden mitigar la sed que nos devora, siendo así que á pocos pasos podemos saciarla en limpidísimo río.»

Á la luz de estas verdades es fácil comprender cuán errada y nociva es la teoría de la *moral independiente*, de la *moral universal*, inventada por los que prescindían de Dios en la organización de la familia y del Estado, teoría muy en boga en nuestros días. Según uno de sus defensores, Taine, «el hombre es un producto como cualquier otra cosa;... el vicio y la virtud son también productos como el azúcar y el vitriolo. La conciencia es un mecanismo que se arregla y desarma como un resorte.»

Con esta monstruosa doctrina se niega la existencia del alma humana y su espiritualidad, la responsabilidad de los actos, la sanción que éstos merecen en la vida presente y en la futura; el origen y supremo destino del hombre, cuya existencia es debida á la simple evolución de la materia.

La moral independiente, que no se apoya en principios inmutables; que convierte lo negro en blanco según las conveniencias, carece de base y estabilidad; ella ha disimulado por lo menos, y aun dado origen á innumerables crímenes y trastornos que han hecho retrogradar á los pueblos en el camino del progreso, y los han envilecido é incapacitado para acciones nobles y generosas. No es, por tanto, admisible el sistema racionalista que constituye á la razón humana, de suyo falible, en fuente y árbitro de la moral; ni tampoco es lícito aceptar una parte de la moral cristiana y rechazar

lo demás, porque todas las reglas que ella prescribe son ciertas y están íntimamente ligadas entre sí. Llamar independiente á la moral, es una paradoja; porque, como lo nota el Padre Roure¹, siendo la moral, como todos confiesan, una ciencia práctica que mira á la conducta, tiene que depender más que ninguna otra, de principios teóricos. No se concibe una moral independiente en sentido absoluto, como no se concibe una medicina independiente, una higiene independiente. Por esto la moral que Comte, jefe del positivismo, y sus discípulos Littré, Delbet y otros dieron en apellidar independiente y puramente experimental, es, hablando sin ambages, la moral que rechaza todo elemento metafísico ó sobrenatural, y por lo mismo toda idea de Dios.

La moral, indispensable para la buena educación y la dirección de las costumbres, no puede ser la moral natural é independiente, inventada por los partidarios de la moral sin Dios, sin sanción, sin principios fijos; moral acomodaticia que cada cual entiende y aplica á su modo, que *tiene recursos para todo*, al decir del Padre van Tricht, moral irrisoria, «de la que proceden, en un orden de pasiones más frecuentes en el corazón humano, las intrigas galantes, las fortunas inexplicables, las debilidades *honrosas* y los vicios *favoritos*».

Oigamos lo que dice León XIII en una de sus últimas encíclicas², sobre la moral independiente y sus fatales resultados: «Aun los sabios más renombrados de la antigüedad pagana llegaron á vislumbrar que la religión es el principal fundamento de la justicia y de la virtud. Porque rotos los vínculos que unen al hombre con Dios, absoluto y universal legislador y juez, no queda sino una sombra de moral: moral puramente civil, ó, como dicen, independiente, la cual, prescindiendo de la razón eterna y de los divinos preceptos, conduce inevitablemente, por efecto de su misma tendencia, á la última y fatal consecuencia de constituir al hombre ley de sí mismo. El cual, incapaz entonces de elevarse en alas

¹ Conception de la morale chez nos contemporains.

² Encicl. del 19 de marzo de 1902.

de la esperanza cristiana á los bienes sobrenaturales, sólo buscará un manjar terreno en la suma de los goces y comodidades de la vida, avivándose así la sed de deleites, el anhelo de las riquezas, la avidez de rápidas y desmesuradas ganancias, sin respeto ninguno á la justicia, inflamándose las ambiciones y el loco afán por satisfacerlas aun ilegítimamente, y engendrándose, en fin, el desprecio de las leyes y de la pública autoridad, y una general licencia de costumbres, que trae consigo una verdadera decadencia de la civilización.»

6. La moral católica es el principal estímulo del trabajo y de la educación.—Como la educación exige constante trabajo en el que la da y en el que la recibe, es necesario acostumar al hombre desde los primeros años á llevar vida activa y laboriosa, á fin de que no sea estéril su permanencia en el mundo. Ahora bien, la moral cristiana es el principal estímulo que induce al hombre á cumplir la ley del trabajo, sin el cual es imposible el perfeccionamiento humano.

Como el trabajo es penoso y exige, si ha de ser benéfico, constancia y sacrificio, tiene el hombre que mirarlo como un *deber de conciencia*, para dedicarse á él con empeño. Por esto el que practica la moral, ama el trabajo; pues aquella le hace comprender que nada grande se obtiene sin esfuerzo; que Dios prescribe á todos la observancia de la ley divina y el cumplimiento de la misión especial que á cada uno señalara en el mundo, á fin de que se hagan dignos de obtener, después de la lucha y la fatiga, el premio perdurable. La religión fortalece al hombre en la continua lucha que tiene que sostener para perfeccionarse; endulza las asperidades inherentes á toda labor física, intelectual y moral, ennoblec el trabajo y hace, en fin, de él un elemento de santificación.

Según esto, para formar al niño é infundirle hábitos de trabajo, no basta instruirle é iluminar su mente con los esplendores de la verdad: es preciso, sobre todo, enseñarle la moral cristiana, que es la *ciencia del deber*, la que señala al hombre la senda de la virtud, le manifiesta la necesidad del venci-

miento y el mérito de la abnegación: todo lo que le impulsa al trabajo en sus múltiples formas.

«Yo quisiera saber qué tienen que hacer en esto la gramática, la historia, la geografía, las matemáticas y aun las mismas ciencias naturales», dice el Padre van Tricht¹. «Cuando sentís en vosotros mismos la febril solitación del mal, ¿llamáis á la ciencia en vuestra ayuda?... ¿Es algún teorema de geometría, algún principio de análisis, algún sistema de filosofía natural el que os hace vencer? ¿No es locura solamente el imaginarlo?»

«Lo que el pueblo necesita, lo que necesita el niño para educarse, lo que á todos nos es necesario, es la moral viva de Jesucristo. Esta moral es segura, es luminosa, no vacila, no anda oscilando en la incertidumbre y la duda; porque no es el resultado indeciso de las investigaciones de una razón mezquina, sino la revelación de Dios que habla como supremo Señor y boca á boca con su criatura. Esta moral es fortificante, porque, al imponerla á su criatura débil é inclinada al mal, Dios le concede juntamente los socorros de su gracia, de esa fuerza que no es nuestra, pero que obra en nosotros y nos hace invencibles; porque, al indicarnos el camino del deber, Dios va delante de nosotros, tendiéndonos la mano, ... como una madre que de lejos, con los brazos abiertos, sonríe y presta á volar en su auxilio, llama á su hijo excitándolo á dar los primeros pasos.

«Esa moral es tierna y consoladora, porque parte del corazón tierno y misericordioso de un Dios que, conociendo nuestras debilidades y miserias, perdona á los arrepentidos; y jamás, ni después de siete veces, ni de setenta, ni de setenta veces siete, se cansa de añadir perdones á perdones. Y sobre todo, esta moral es viva, siempre viviente en la sociedad humana. No es una ley muda tallada en el bronce ó en el mármol, y oculta bajo el silencioso altar de un templo. No, Dios la ha colocado en los labios eternos de la Iglesia que, de siglo en siglo, la proclama á la faz del mundo....

¹ Los niños de la calle.

He ahí la moral que educa al niño, que le forma noble y digno, que le hace verdaderamente hombre.»

Esta moral ha civilizado al mundo, ha extirpado los vicios del corazón humano, y ha hecho brotar de él, como olorosas flores, las más heroicas virtudes; esa moral ha impulsado á hombres aguijoneados por pasiones como las nuestras, á dominarlas por completo, á ascender á la cumbre de la santidad, á trabajar, en fin, sin tregua en la vida presente, para lucir después en el cielo como estrellas junto al trono de Dios.

Ninguna religión enseña una moral más pura y sublime, ni que suavice y depure mejor las costumbres, que la católica. La moral cristiana desde hace casi veinte siglos, como savia vivificante circula por las arterias de la humanidad, inspirando en todas partes acciones generosas y contrarrestando los gérmenes de corrupción y de miseria que en ella dejara la primitiva caída.

Por esto la bondad es inseparable de la moral católica, ó, mejor dicho, la religión de Jesucristo, que la profesa y difunde, es fuente inagotable de bondad, en la región de los principios y de los hechos. El paganismo con su moral trunca y deficiente pudo apenas despertar algunos sentimientos nobles en el corazón é impulsarlo á algunas acciones naturalmente buenas, quedando éstas ahogadas en ese cúmulo de errores y de crímenes que envilecieron al mundo antiguo. Como lo notaba Cicerón, la moral pagana no había penetrado en el fondo del alma, para dirigirla y purificarla; por lo que aun aquellos filósofos que elogiaban la moderación y el vencimiento de las pasiones, ocultaban en su interior vicios abominables, y todos ellos carecieron de la humildad, que es la base de la virtud sólida.

CAPÍTULO DUODÉCIMO.

EL TRABAJO.

1. El trabajo, ley del hombre y condición de su perfeccionamiento. — 2. Males que causa la ociosidad y bienes que proporciona el trabajo, en el orden material y moral. — 3. Móvil y fin del trabajo. — 4. Orden y método que requiere. — 5. Superioridad del trabajo intelectual sobre el material, y de unos estudios sobre otros. — 6. Descuido en el conocimiento de las ciencias morales y religiosas. — 7. Preferencia dada en el siglo pasado á las ciencias naturales y experimentales. — 8. Reacción que se nota últimamente en favor de las ciencias especulativas. — 9. Conveniencia de que la juventud adquiera sólidos conocimientos en materias morales y religiosas.

1. El trabajo, ley del hombre y condición de su perfeccionamiento. — Así como las fuerzas físicas se reducen á la unidad del movimiento, en el mundo moral se compendian las fuerzas en la fórmula del trabajo. El trabajo es el movimiento de las facultades, la ascensión constante á las regiones superiores del conocimiento, la exploración de lo desconocido, y la inmensa acción del hombre sobre la naturaleza, por él señoreada. El trabajo combina los agentes ocultos, descubre las misteriosas energías de la materia, y utiliza los elementos y las fuerzas, para la grandiosa obra del progreso. El mundo material sin el trabajo sería ni aun polvo, en el que no alentarían sino los yerros pensiles de la soledad; y el mundo moral sin el trabajo valdría tanto como el naufragio del alma en el fango y en la inercia moral del espíritu.

«Por el trabajo», dice Smiles¹, «se forma el carácter práctico, se produce y disciplina la obediencia, se adquiere el imperio sobre sí mismo, la aplicación y la perseverancia, dando al hombre destreza y habilidad en su profesión, aptitud é inteligencia para proceder bien en los asuntos de la vida.»

Siendo la educación obra difícil y de vital importancia, exige esfuerzo constante y decidido. El trabajo es inseparable de la educación, ó, mejor dicho, ésta se obtiene con el auxilio de aquél. Cuando Dios sometió á la humanidad á la ley del trabajo, le impuso una pena en castigo de su obligación:

¹ El carácter.